Miércoles, 20 de marzo 2013

La ilusión de la invencibilidad

http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2013/03/the-illusion-of-invincibility.html

Una de las diversiones retorcidas que se tienen al escribir un blog que contradice de habitualmente la sabiduría convencional de nuestro tiempo es la forma en que los defensores de esa misma sabiduría convencional suelen reaccionar. Se podría pensar que los que repiten lo que cree la mayoría de la gente podría sacar ventaja de ese hecho y presentarse como la voz de la mayoría, como la representación del consenso colectivo de nuestro tiempo.

En los casi siete años transcurridos desde que empecé este blog, sin embargo, el número de veces que ha ocurrido así se puede contar con los dedos de una mano. En cambio, aquellos que hacen un refrito de la sabiduría convencional de nuestro día, inevitablemente, gustan de presentarse a sí mismos como innovadores pensadores llenos de ideas originales en las que nadie ha pensado antes. Aquellos cuyos puntos de vista imitan más de cerca los clichés de moda extraídos de la cultura pop y los medios de comunicación, de hecho son los más propensos a tratar de exhibir una pose de originalidad heroica, al igual que son precisamente aquellos raros pensadores que se desvían de las ortodoxias populares de hoy en día los que acaban siendo acusados de ser rígidos, dogmáticos y de mente cerrada.

Muy a menudo, por ejemplo, recibo ráfagas de mensajes de correo electrónico y comentarios en mi blog insistiendo en que yo realmente debería tener en cuenta la nueva y radical idea de que la tecnología puede superar los límites del crecimiento. La última ocasión en que se ha producido esta curiosa afirmación es a raíz de un nuevo libro sobre el tema titulado "Abundancia: El futuro es mejor de lo que piensas (*Abundance: The Future Is Better Than You Think*)", de Peter Diamandis y Steven Kotler, que se benefician actualmente de una campaña de publicidad bien financiada recibiendo elogios de la talla de personas como Richard Branson y Bill Gates. Yo no lo he leído; sin duda lo haré una vez que la biblioteca pública local en Cumberland consiga un ejemplar, aunque sólo sea para averiguar si el libro está ser tan lleno de rimbombantes tonterías como parece.

Sin embargo, lo interesante es que, por lo general, las personas que recientemente me han enviado correos electrónico invocando el libro como prueba de que estoy equivocado sobre el futuro admiten que tampoco lo han leído. El mero hecho de que alguien insista en la sensación de que vamos a conseguir un brillante futuro (de tecnología avanzada, *high-tech*) de abundancia ilimitada parece bastar para convencerlos. El hecho de que la misma pretensión se haya enviado a la imprenta sin cesar durante casi tres siglos parece que nunca puede entrar en sus mentes; cuando señalo esto, la respuesta es el equivalente a una mirada despectiva, como si hubiera dado una patada a un cachorro, y a la insistencia en que me convendría tener una mente más abierta a sus supuestas nuevas ideas.

Si, por supuesto. En realidad, es difícil pensar en cualquier lugar común de la cultura popular de hoy más trillado y manido que la idea de que la tecnología siempre triunfa sobre los límites de recursos. Esa figura caduca retórica heredada de la época victoriana casi define la sabiduría convencional de nuestra época. La evidencia no apoya tales afirmaciones, por razones que ya he discutido muchas veces en este blog, y las afirmaciones sobre que el futuro lo adoptará como el evangelio ya han demostrado ser problemáticas, no utilizar una palabra más dura. Sin embargo, no hay nada tan cierto como el hecho de que cuando se apaga el alboroto sobre este último libro y se publica un nuevo libro con el mismo cliché repetido voy a recibir otra ronda de correos electrónicos entusiastas de personas que insisten en que se está diciendo algo nuevo y emocionante que yo nunca he oído antes.

Si echas una mirada al otro lado de la sabiduría convencional puedes ver el mismo proceso. Las ráfagas de mensajes de correo electrónico y comentarios que me llegan con la visión de un nuevo y brillante futuro se igualan, y a menudo quedan en nada, comparado con las andanadas de mensajes que me llagan comentando alguna nueva y excitante idea, de la obviamente no he oído hablar, que va a aplastar como a un insecto la civilización industrial. Lo más divertido de todo es que estas ráfagas llegqaron a buen ritmo durante el año que me pasé repasando semanalmente las predicciones apocalípticas sobre

el fin del mundo, contando la historia de algunos fallos en las predicciones apocalípticas del pasado en cada post semanal. Cuando señalo que las personas que hacen tales afirmaciones sólo aportan un refrito de predicciones más antiguas (y por tanto más consistentemente erróneas) de todos los clichés históricos, a su vez, puedo contar con abundante bombardeo retórico de personas enfadadas que insisten en que tengo que ser más abierto de mente sobre sus ideas apocalípticas supuestamente innovadoras.

Siendo algo divertido, es esperable. Toda sociedad humana traza un límite a las ideas que son aceptables y la civilización industrial moderna no es una excepción a esta regla; es simplemente que a la civilización industrial moderna también le gusta regodearse en relación a su supuesta apertura a nuevas ideas. El hábito de pretender que las variaciones y combinaciones repetidas de la sabiduría convencional son siempre nuevas e innovadoras, no importa cuántas veces las mismas cosas que se hayan dicho largo de los años, e insistir en que las ideas que desafían la sabiduría convencional no son nuevas ni innovadoras, incluso cuando sí lo son, es una forma tan buena como cualquier otra para zambullirse en los posibles conflictos entre estos dos temas culturales tan emocionalmente poderosos.

Reconociendo el valor que pueden tener estos hábitos (que ciertamente le ahorran a la gente la ardua tarea de crear ideas verdaderamente originales), tienen al menos un serio inconveniente. Si la sabiduría convencional te lleva derecho hacia el desastre y sólo una forma radicalmente diferente de ver el mundo te ofrece alguna esperanza de escapar a un destino caótico, la sabiduría convencional es exactamente lo opuesto a una forma radicalmente diferente de ver el mundo, sobre todo si todo el mundo piensa que la única manera de conseguir una forma radicalmente diferente de ver el mundo es seguir regurgitando la sabiduría convencional que te está llevando al desastre desde el primer momento. Es como si las personas atrapadas en un edificio en llamas escribiesen con brillantes letras rojas la frase “SALIDA DE INCENDIOS” en cada puerta que te lleva directamente de vuelta a las llamas.

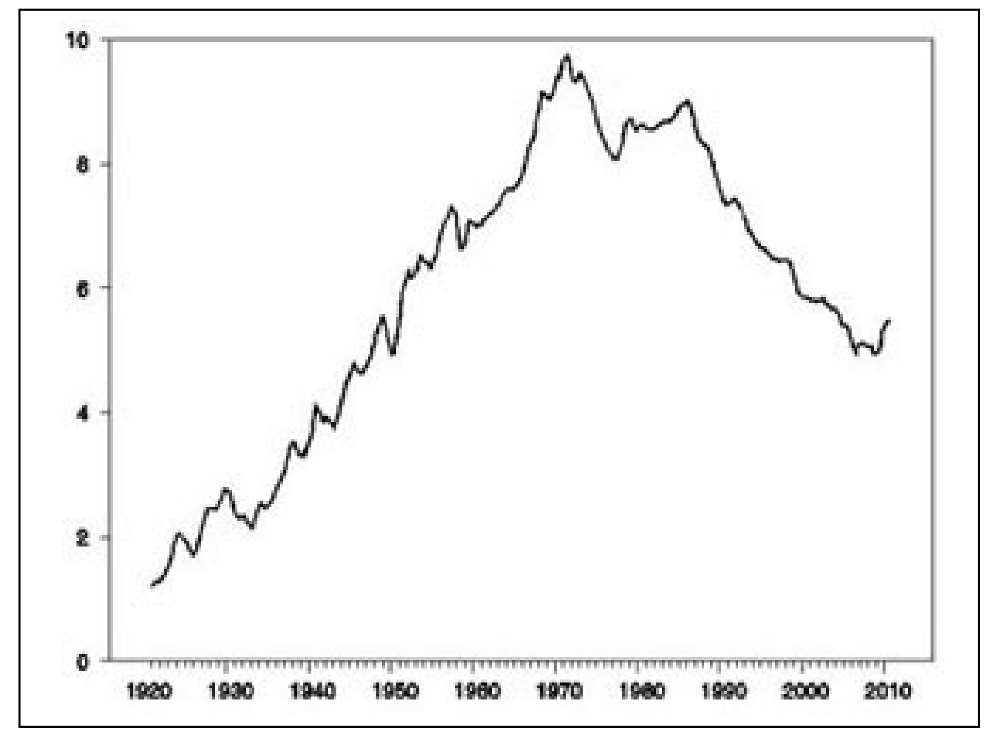
Con estos puntos en mente, me gustaría hablar un poco sobre el último intento de hacer un refrito de la sabiduría convencional, con la intención de rechazarla.

Durante más o menos las últimas seis semanas he recibido correos electrónicos y comentarios de muchas fuentes insistiendo en que el pico del petróleo ha sido refutado de manera concluyente por el fenómeno de la fractura hidráulica. Este no es un tema nuevo en los últimos meses, las mismas demandas se han repetido casi a diario a volumen ensordecedor en los medios de comunicación, pero hay una diferencia de cierta importancia. Las personas que me están enviando estas afirmaciones no tratan de afirmar que todo muy bien y que el prometido futuro del progreso perpetuo en la más preciada mitología de nuestra cultura ya está en camino. No, están insistiendo en que no hay pico del petróleo, porque ha sido refutado. Por lo tanto, yo, como el resto de escritores y blogueros del cenit del petróleo tenemos que abandonar el programa, dejar de hablar sobre el pico del petróleo, y en su lugar empezar a hablar de la amenaza inminente del cambio climático.

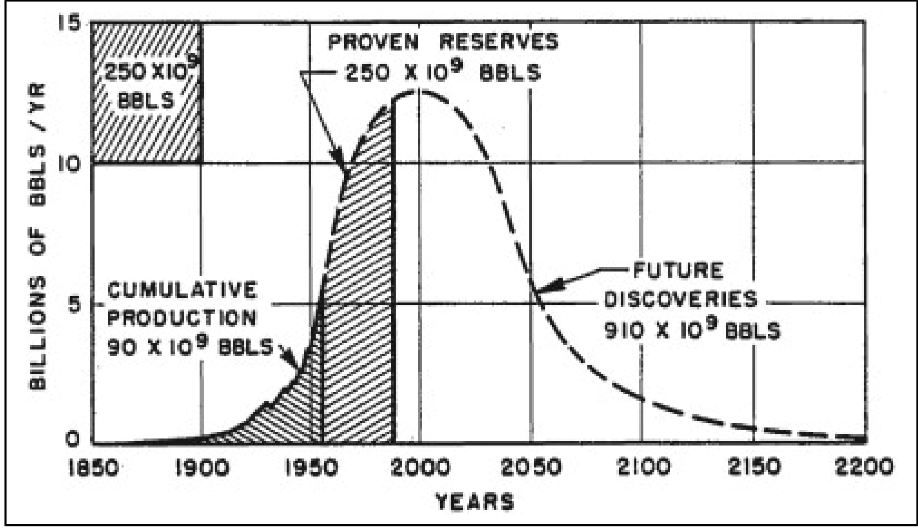
Es una afirmación curiosa, considerando lo que ha pasado. Durante más de una década, las predicciones basadas en el pico del petróleo han demostrado ser mucho más precisas que las predicciones basadas en la sabiduría convencional que insistían en que no importan los límites de recursos. Hace una década, el teórico cornucopiano Daniel Yergin estaba proclamando en voz alta que el precio del petróleo había alcanzado una meseta permanente en $ 38 por barril, había dinero de gente muy lista inundando el nuevo y excitante etanol y las nuevas empresas de biodiesel, y todo el mundo excepto unos pocos escritores del cenit del petróleo en la periferia asumían, como algo rutinario, que el mercado proporcionaría, ejem, suministros ilimitados de energía a partir de fuentes alternativas si el precio del petróleo llegase alguna vez al impensable nivel de $ 60 por barril.

Mientras tanto, los escritores del cenit del petróleo de la periferia emitieron denuncias casi universales: la predicción de un futuro difícil con precios del petróleo de tres dígitos, espiral de disfunción económica y fracaso de las tecnologías de energía alternativa para proporcionar algo más que una modesta fracción del gran caudal energético que nuestra sociedad obtiene de los combustibles fósiles. La sabiduría convencional decía que eso no podía suceder. Una década más tarde, no es difícil ver quién llevaba razón.

En cuanto a la afirmación de que el fenómeno de la fractura hidráulica ha refutado el pico del petróleo, vale la pena volver a ojear dos gráficos que he publicado antes. El primero de ellos un seguimiento de la producción de petróleo en los Estados Unidos entre 1920 y 2012:



Ved el pequeño repunte del lado derecho de la gráfica? Esa es la nueva gran aportación de crudo gracias a la tecnología de fracking. Eso es lo que todos están celebrando. Animo a mis lectores reflexionar sobre ese modesto repunte, para luego pasar a la segunda gráfica, que también debéis conocer:



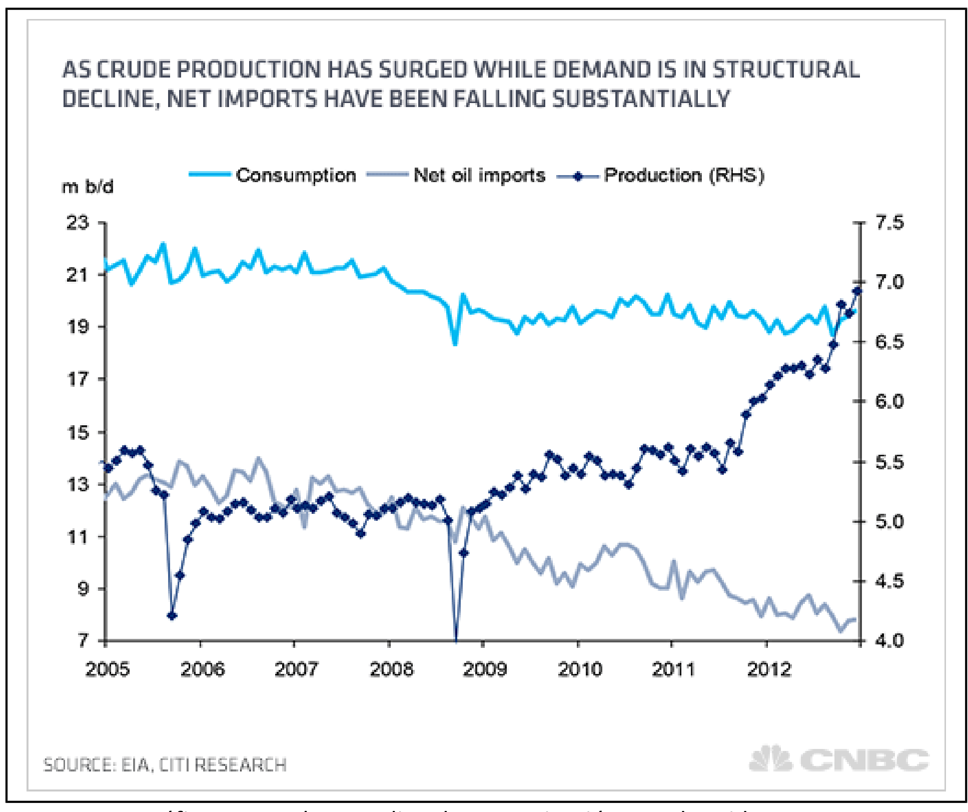
Este es el diagrama del pico del petróleo del artículo original de M. King Hubbert de 1956 sobre el asunto. Mis lectores más atentos ya se habrán dado cuenta de la enorme superficie blanca en el lado derecho de la curva, más del doble que toda la producción acumulada y las reservas probadas que aparece marcado como "descubrimientos futuros." ¿La pizarra de Bakken? Está incluida allí, junto con muchos otros campos de petróleo que aún no han sido encontrados.

El fenómeno de la fractura hidráulica, en otras palabras, no refuta la teoría del pico del petróleo. La confirma. A medida que el precio del petróleo sube, las reservas de petróleo que no eran económicamente rentables de producir a un precio menor son explotadas, y se multiplican los esfuerzos para encontrar nuevas reservas de petróleo; todo eso es parte de la teoría. Dado que los yacimientos de petróleo conocidos se están agotando, la prisa por descubrir y explotar nuevos campos sólo aumentará

ligeramente la producción global de petróleo, o sólo durante un corto período de tiempo; el papel de estas nuevas cantidades de petróleo añadidas a la capacidad productiva sirve simplemente para estirar la curva, alargando la cola de disminución de la producción (como Hubbert demostró en su gráfica) y evitando que el final de la era del petróleo se convierta en el tipo de colapso apocalíptico repentino imaginado por un extremo de la sabiduría convencional.

Toma cualquier libro decente sobre el pico del petróleo, o pasa diez minutos investigando en el Internet, aprenderás de todo esto. De alguna manera, sin embargo, los expertos que “refutan” la teoría del pico del petróleo que aparecen casi a diario en los medios se las apañan para no mencionar ninguno de estos puntos. No es la única laguna notable en su razonamiento: hace tiempo que perdí la cuenta del número de veces que he visto historias en los medios que insisten con toda seriedad que los esquistos kerogenénicos como la formación de Green River son parecidos a los esquistos bituminosos de Bakken, por ejemplo, o como pasan por alto la mención a las tasas de agotamiento de los pozos de fracking, o van creando maniobras de evasión y lanzan falacias que hacen que nuestra situación parezca mucho menos difícil de como es realmente.

Hasta hace poco, he asumido que estas omisiones eran simplemente un producto de la ignorancia abismal mostrada por los medios de comunicación y la sociedad americana en general sobre de las cuestiones importantes de nuestro tiempo. Pero he tenido que reconsiderarlo y una buena parte de la razón es un gráfico aparecido en los medios de comunicación cuyo falaz mensaje ha sido desvelado en el blog The Oil Drum. Aquí está:



Puedes encontrar este gráfico en muchos medios de comunicación estadounidenses en este momento. Te darás cuenta de que, a primera vista, parece mostrar que la producción de petróleo en los EE.UU. se eleva inexorablemente hasta igualar el consumo interno, por lo que se reducen las importaciones casi a cero. Pero si la miras de nuevo con atención, te darás cuenta de que la curva de la producción nacional utiliza una escala diferente (en el lado derecho de la gráfica), sólo para dar la impresión de que la producción actual es tres veces mayor de lo que es.

Quizá alguno de mis lectores puede pensar en una razón honesta para diseñar el gráfico de esa manera. Confieso que yo no puedo. Parece probable (incómodo, en otras palabras), que la teoría del cenit del petróleo ha acumulado otra predicción exitosa. Es una que mis lectores habituales recordarán de entradas anteriores, incluyendo éste de junio pasado: la apertura de una brecha entre quienes están

dispuestos a enfrentarse a la realidad de nuestra situación y los que huyen de esa realidad mediante la fantasía y el auto engaño.

La brecha está directamente en el centro del movimiento ambiental contemporáneo, incluyendo la parte de ese movimiento que se ocupa del cambio climático. No aparece en otros lugares (por ejemplo, obviamente, entre los tecno-ambientalistas que insisten en que todos en el planeta pueden tener el lujoso estilo de vida de la clase media americana gracias a la energía renovable, ni entre los ecologistas radicales que ven a la humanidad como una banda de monos ecocidas gritando triunfalmente mientras se corren desbocados hacia la destrucción planetaria). Entre estos dos extremos todo el espectro opiniones abraza el supuesto básico que subyace a la sabiduría convencional de nuestra época.

¿Cuál ese supuesto básico? La fe total en la invencibilidad del progreso tecnológico.

Ese es el hilo común que une a todo el espectro de puntos de vista aceptables en la sociedad industrial de hoy, desde los cornucopianos que insisten en que el universo está obligado a darnos todos los recursos que queramos si empleamos en ello el dinero suficiente, en los pseudo-ambientalistas que van por ahí haciendo el juego a la industria nuclear (porque el resto de opciones son aún peores), en los que creen en el apocalipsis inminente y en los más oscuros de los ecologistas de color verde oscuro. Lo que diferencia estos puntos es cómo cada grupo considera el valor del progreso tecnológico: los cornucopianos piensan que todo está bien, los tecno-ambientalistas creen que la mayor parte de todo es bueno, y así sucesivamente hasta llegar a la trinchera de esos neoprimitivistas extremos que están convencidos de que la invención del lenguaje hablado fue probablemente una mala idea.

Si quieres hacer un mapa de la línea de falla mencionada anteriormente, insinúa ante cualquiera de ellos que el progreso tecnológico podría descarrilar y dar paso a una regresión, y ve cómo responden. Eso sí, ten en cuenta que al hacer esa sugerencia te vas a colocar a ti mismo en el otro lado de una línea, la línea entre las ideas que son aceptables en la sociedad industrial y las ideas que están fuera de los límites. Es aceptable glorificar al progreso al considerarlo como una poderosa apisonadora que inevitablemente aplana todo a su paso; es aceptable argumentar que la apisonadora tiene que ser dirigida hacia un rumbo diferente, para que no aplaste algo de valor que se encuentra en su camino; es aceptable la rabia y el llanto por todas las cosas que van a machacar a medida que el progreso continúa imparable en su camino; incluso es aceptable insistir en que la apisonadora es tan poderosa que ni siquiera un titán podría evitar que ruede desde un acantilado y se estrelle en las rocas de abajo.

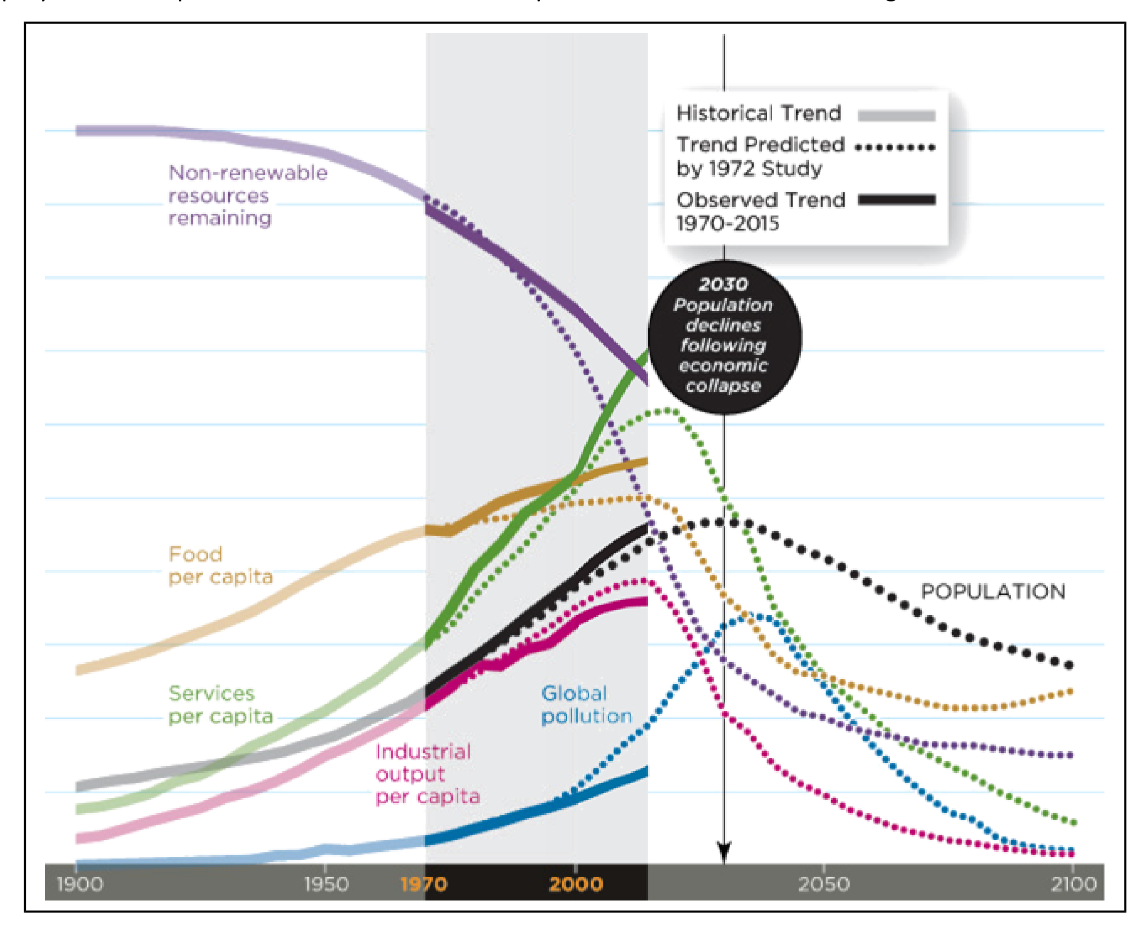
Se pueden decir todas estas cosas en nuestras conversaciones. Lo que no se puede decir, no sin enfrentarse a la total incomprensión y a una hostilidad violenta, es que el indicador del nivel de combustible de la apisonadora se acerca inexorablemente al 0 y los bidones de reserva en la parte trasera están vacíos. No se puede hablar de los ominosos chirridos que están saliendo de debajo del capó, de que las luces parpadeantes señalando problemas en todo el tablero de instrumentos ni que el avance de la apisonadora está ya desacelerando visiblemente. Ni siquiera se puede sugerir como una posibilidad que en un futuro no muy lejano la poderosa apisonadora estará oxidada, será un armatoste abandonado, enterrado en el barro hasta sus ejes, despojado de todas las partes utilizables por carroñeros errantes y abandonada al paciente y despiadado equipo de demolición que son el sol, el viento y la lluvia.

Por supuesto, hay quien dice esto. Para dar un paso atrás en la metáfora, lo que están diciendo es que el progreso tecnológico, así como las ciencias que ayudaron a hacerlo posible, están sujetos a la ley de los rendimientos decrecientes. Están diciendo también que lo que se ha llamado progreso es en gran parte un mero efecto secundario de corto plazo del proceso auto-limitante del saqueo de las reservas de carbono de fácil acceso del planeta a un ritmo extravagante y detendrá su camino y pondrá la marcha atrás cuando mengüen esas reservas. Están diciendo, en términos más generales, que la sociedad industrial moderna de ninguna manera se librará del destino común de las civilizaciones. Ideas como éstas tienen una larga y fascinante historia en el mundo moderno, y yo quiero discutir esa historia cualquier día de estos.

Sin embargo, el punto que quiero resaltar ahora es que hasta hace poco tiempo, los que abrazaban la sabiduría convencional simplemente nos ignoraban (a los que abrazábamos estas ideas profundamente

fuera de moda). Los activistas del cambio climático, para volver al punto de inicio, podrían simplemente dejar de lado la perspectiva pico del petróleo y seguir insistiendo en que lo único que puede evitar que el progreso tecnológico destruya el planeta es todavía más progreso: biocombustibles tecnológicos, energía solar, geoingeniería, lo que sea. Un montón de tecnologías y sus partidarios compitieron por el lucrativo papel de salvador planetario, pero prácticamente nadie puso en duda el supuesto de que una u otra tecnología iban a jugar un papel protagonista. Cuando los investigadores del cenit del petróleo señalaron que las predicciones del catastrófico cambio climático asumían continuos aumentos en la extracción de combustibles fósiles, en cantidades que planeta no podía proporcionar, nadie les prestó la menor atención.

El aluvión de correos electrónicos y de comentarios recibidos en los últimos tiempos sugieren que ya no estamos siendo ignorados por más tiempo, y creo saber por qué. Es la misma razón por la que la teoría del pico del petróleo sigue siendo denunciada a diario, en tonos cada vez más acerbos en los principales medios de comunicación, a pesar de que nadie con acceso a los medios de comunicación presenta argumentos en su favor. La razón por la que esas denuncias han subido más y más se parece mucho a la manifiesta falta de honradez. Durante la última década, de nuevo, las predicciones basadas en la teoría del pico del petróleo han demostrado ser sustancialmente correctas, mientras que las predicciones basadas en la refutación de la teoría del cenit del petróleo han sido vergonzosamente equivocadas. Por eso, el modelo de "evolución normal" en “Los límites del crecimiento”[1], la más salvaje de las predicciones de los años 1970 sobre el destino de la civilización industrial, ha demostrado ser la proyección más precisa de las tendencias futuras para el final de esa década. Una gráfica más:



Cuanto más avanzamos hacia el futuro trazado por M. King Hubbert y por “Los límites del crecimiento”, mayor es la brecha que se abre entre el mito del perpetuo progreso y las realidades de contracción y regresión que están tomando forma a nuestro alrededor en este momento es probable que el mayor esfuerzo del coro de los creyentes sea esforzarse en ahogar las voces disidentes y proclamar la

[1] En inglés: http://www.donellameadows.org/wp-content/userfiles/Limits-to-Growth-digital-scan-version.pdf

infalibilidad de un credo ya refutado. ¿Por qué pasa esto? ¿Por qué la ilusión de invencibilidad es tan fundamental para el mito del progreso y para sus creyentes? Es una cuestión compleja, mucho más complejo de lo que un solo párrafo o un solo post puede cubrir. Para explorarlo, voy a tener que sumergirme en uno de los pocos temas que originalmente había decidido evitar solemnemente en este blog: las implicaciones religiosas del final de la era del petróleo. Vamos a empezar la discusión la próxima semana.